

22 Dic, 1959

## CRITICA TEATRAL

# UNA MIRADA DESDE EL PUENTE

**A** RTHUR Miller es uno de los grandes valores de la dramaturgia contemporánea. "La Muerte de un Vendador" es una moderna tragedia con características que, por sí solas, justifican que su autor tenga asegurado, desde ya, un puesto de preeminencia en la historia de la literatura dramática. "Las Brujas de Salem" constituye un severo examen a las neurosis colectivas de nuestro tiempo, y "Todos Son Mis Hijos" es una pieza teatral en la que, con maestría, se dramatiza el eterno tópico de la responsabilidad individual.

Las tres obras nombradas tienen la valiosa virtud de contar con una anécdota, que encierra una proyección social histórica. Cada uno de sus personajes, siendo una individualidad y viviendo su acontecer dramático, se constituye en símbolos y representantes de la humanidad.

"Una Mirada Desde el Puente" carece de esta característica. Se trata de un drama sólidamente construido, con personajes ricos en matices y con situaciones dramáticas que emocionan al espectador. Es una obra que tiene todos los elementos que caracterizan al buen teatro norteamericano actual: realismo, acción, emotividad, fuerza expresiva. Pero a Arthur Miller, por sus antecedentes, le exigimos más, y, en tal sentido, "Una Mirada Desde el Puente" defrauda un tanto. Sus personajes, pese a su enorme vitalidad, no pertenecen a la misma categoría de Willy Loman de "La Muerte de un Vendador", o de John Proctor, de "Las Brujas de Salem". Eddie Carbone, tal es el nombre del protagonista de la pieza que nos ocupa,

es un personaje de rica psicología, en quien se anidan no pocos complejos freudianos, pero su historia es tan sólo la historia de Eddie Carbone, sin que su estatura dramática le permita erigirse como paradigma.

Las consideraciones anteriores sirven para calificar a "Una Mirada Desde el Puente" como una obra menor dentro de la producción de Miller. Empero, así determinada, forzoso es decir que la pieza contiene una progresión dramática, con la que logra mantener un permanente interés.

Aun cuando desde las primeras escenas resulta fácil advertir cuál es el conflicto que se planteará, y al manifestarse éste bien se puede adivinar anticipadamente el desenlace, la forma en que Miller conduce la acción y los sutiles trazos con que están dibujadas las reacciones de sus personajes suplen con creces la ausencia de sorpresa que el espectador experimenta.

Cabría tan sólo reprochar al autor el haber alargado, en dos escenas suplementarias, el desenlace final y paliar algo forzadamente la amargura que naturalmente él debía contener, de acuerdo a los antecedentes expuestos en la pieza. Es una concesión que satisfará a la mayor parte del público, pero que le hace perder fuerza a la obra. Durante el transcurso de ella se ha planteado el dilema para Rodolfo, que sólo casándose antes de ser sorprendido por la policía podrá permanecer en los Estados Unidos, y regularizar su situación de inmigrante clandestino. De ahí nace parte de la urgencia del

drama y de las motivaciones de sus personajes. En la escena final vemos que, a pesar de haber sido detenido por la policía, Rodolfo puede permanecer en el país al que inmigró mediante un matrimonio posterior. Con ello se consigue dar un "final feliz" —al menos en ese aspecto— al drama, pero no se mantiene la necesaria consecuencia con el conflicto planteado.

Los intérpretes del Teatro Universitario de Concepción tienen una virtud que bien vale la pena destacar. Su labor es espontánea y fresca, desafecta de los trucos y recursos de que hacen alarde los actores experimentados. Adolecen, por lo general, de serias fallas técnicas: mala impostación de la voz y limitada expresión corporal. Sin embargo, trasciende de su interpretación una vitalidad, un entusiasmo y una honradez profesional que son sus mejores atributos. "Una Mirada Desde el Puente", por las complejas y sutiles reacciones psicológicas que contiene, es una pieza difícil de interpretar. Los actores penquisistas cumplieron su cometido en forma homogénea, y con una discreción que es sobradamente plausible.

La dirección de Gustavo Meza resultó, en lo general, sobria y eficaz. Hubo escenas, sin embargo, que no fueron construidas con todo el dramatismo que se hubiera requerido. Tal es el caso, por ejemplo, del beso que, en un momento dado, debe dar Eddie a Rodolfo, en desesperado esfuerzo para demostrar a su hijastra Catherine que su pretendiente es anormal. Esta escena audaz y fuerte fue realizada en forma confusa, sin que llegara claramente al espectador el impacto dramático y emocional que debe desprenderse de ella.

Muy apropiada la escenografía de Raúl Alliaga.

SERGIO VODANOVIC.